

¡Cosas del Chulinosos!

¡Mago



EL PEQUEÑO

Jornada

Año III - Valencia 14 de enero de 1943 - Núm. 60

El termómetro





—Mamá, ¿tú has sido reina alguna vez?
—No, hija. ¿Por qué lo dices?
—Porque llevas un sombrero igual que el del Rey Felipe II.

Admiración

Su apellido es llamado como el nombre de monarca, y él es un príncipe que trinita en la esfera cineasta. Solución: Roberto Ley, Ricardo Melchor, Gilet (Valencia).

—¿Cuál es el astro que es la más cerca de nosotros?
—El astro... palo.

—¿En qué se parece un cepillo a una silla?
—En que ninguno de los dos se pueden subir a un árbol.

—¿Por qué los soldados se arriman a los fusiles?
—Porque los fusiles no se arriman a los soldados.

Dos amigos:
En uno, ¿en qué se parece un barco, una botella y una familia?
—El otro. —En que el barco y la botella tienen casco. ¿Y la familia?
—Muy bien; gracias. Navegán Guerrero, 9 años. Valencia.

—¿Qué es lo que le dice el agua a la tierra?
—Papa que te empapete. Pepe Casella, 14 años. Valencia.
—Te lo diré de una vez. No! —Si admites en el Área a los ratones, yo me quedo en tierra! José M. Gilre



calabres

—¿Cuál es el colmo de un mentoso?
—Decir la verdad.

—¿Cuál es el colmo de un tren?
—Andar con gaséeno.

—¿En qué se parece el jamón a los postes telegráficos?
—En que los dos sostienen alam...bre.

—¿Cuál es el colmo de un ciclista?
—Correr con las ruedas... de la fortuna.

—¿Cuál es hilo del colmo?
—El col...millo.

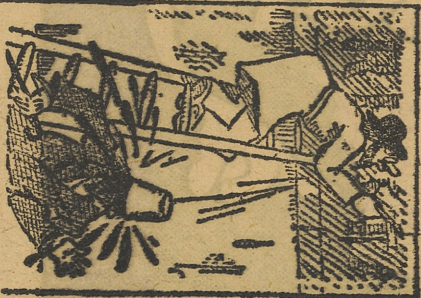
—¿Cuál es el colmo de un ratero?
—Quitarse los apellidos para no ser reconocido. Antonio Alonso Casella, de 15 años.

—¿Cuál es el colmo de un oculista?
—Hacer unas gafas al ojo de una aguja.

—¿Cuál es el colmo de un arador?
—Picar en un mosquito. Rafael Negro Pastor, 10 años. Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un fumador?
—Tragar mucha quina por no tragar tabaco. Enrique Martí, 11 años. Valencia.

—¿Cuál es el colmo de un actor iracundado?
—Mearse de sereno para oír los aplausos. Andrés Subirats, 12 años. Valencia.



—He salido de casa con un sombrero estúpido.

1.—Juan Beibueno (12). 2.—Matilde Casallo (11). 3.—Antonio Martínez (8). 4.—Martín Torres (5). Grao, 6. 6.—Rafael Sala (9). 7.—Amor Subile (12). 8.—Francisco G. mader Carballo (12). 9.—Ambera Puerto (8). 10.—Antonio Puerto (9). 11.—Nieves Puche (8). 12.—Teresa Martínez (8). 13.—Lola Conell (10). Grao. 14.—Elena Garín (11). 15.—Lola Tenorio (9). 16.—Manolo Rodríguez (9). 17.—Fritia Martínez (13). Las cifras entre paréntesis indican la edad. Los que no especifican lugar, son de Valencia.

Sobre la pista de la jirafa blanca

ten los colmillos —añadió William—. Mientras, asaré más un pie y trozo de trompa.

Kambusi, ayudado por el holandés, cortó, no sin trabajo, los trozos indicados, y después se encaminaron todos al carro, donde Piek les esperaba, guardando los bueyes y caballos para impedir que se alejasen.

El holandés hizo excavar un hoyo muy profundo que debía servir de horno, lo hizo calentar bien con leña seca, y después, cuando quedó consumido el fuego, depositó sobre las cenizas calientes el pie y el pedazo



de trompa. Hizo luego rellenar el hoyo con tierra y encender encima otro fuego, que fue mantenido por espacio de dos horas enteras.

—Este es el horno africano —dijo William al doctor. —Se cuece bien en él? —preguntó el alemán. —Perfectamente. Dentro de poco podréis comprobarlo. —Es un sistema cómodo y expedito, especialmente cuando uno se encuentra en pleno bosque.

Transcurridas las dos horas, el holandés hizo extraer los dos pedazos de elefante, que fueron previamente envueltos en dos hojas de plátano lavadas.

Un delicioso olor, que hizo alargar la nariz del doctor, escapósele en torno.

—¿Qué me decís, doctor? —preguntó William. —Digo, que nunca he aspirado un perfume tan exquisito.

—A la mesal —exclamó en aquel momento el holandés.

Terminada la comida, asaz deliciosa, sobre todo para el doctor que no había probado nunca semejante manjar, reanudóse la conversación entre William y el holandés.

Este había preguntado al alemán por qué motivo se encontraba, con su carro, tan lejos de la frontera del Cabo, y William no había vacilado en informarle sobre el objeto de la expedición.

—Se trata siempre de la jirafa blanca —respondió—. He buscado a este animal por espacio de dos meses enteros sin lograr encontrarlo. ¿Tenéis alguna noticia que darne sobre el particular, amigo?

—Si —dijo el holandés—. Vestura famosa jirafa blanca ha sido vista, hace tres semanas, en la selva de Bloom. ¿Conocéis aquel bosque?

—Claramente —respondió William—. Allí maté algunos leones el año pasado.

—Pues bien, ha sido vista allí.

—¿Qué la vio?

—Algunos negros que vinieron a mi factoría a venderme pieles en cambio de un poco de pólvora.

—¿Tenéis confianza en esos negros?

—Completa. William.

—¿No os engañó, pues, el reyzeuelo negro? —preguntó el doctor a su compañero.

—No —respondió William—. En bosque en cuestión se halla en la dirección indicada por aquel monarca simio.

—Entonces, concuerdan todas las noticias de los negros.

—Si, doctor.

—Y, por lo tanto, podremos encontrarla.

—Ordinariamente, las jirafas se detienen mucho tiempo en los pascos que escogen —dijo el holandés.

—Es verdad —confirmó William—. Mientras encuentran acacias no se alejan, y hay muchísimas en el bosque de Bloom.

—No tardaremos en partir, William.

—Esta noche os veréis obligados a deteneros en mi factoría —dijo el holandés—. Se encuentra en vuestro camino.

—Y dista de aquí lo menos cinco horas —dijo William—. No podremos llegar antes de la puesta del sol.

—En marcha, amigos —dijo el doctor—. Bastante hemos hablado ya.

Apenas los negros hubieron comprendido con los colmillos de elefante, el grupo se puso en camino, cortando el extremo septentrional del bosque.

La travesía fue muy penosa a causa de los crecientes obstáculos formados por los entretornamientos de bejucos y troncos de árbol que caían de decrepitud, pero los viajeros no tuvieron ningún mal encuentro y pudieron llegar, finalmente, a una llanura descubierta y desnuda de árboles.

Avanzando lentamente, el carro monumental vadeaba a la puesta del sol un río no muy ancho y poco profundo y se detuvo en la factoría del holandés.

Aquella factoría era una casa de agradable aspecto, formada por un pabellón de membrillar, que servía de habitación, y muchos cobertizos que se extendían hasta la orilla del río.

Alrededor había muchos campos plantados de maíz, de cereales y de cáñamo, y después grandes cercados o akrales, llenos de cáñamos y de bueyes muy grandes y armados de cuernos finísimos.

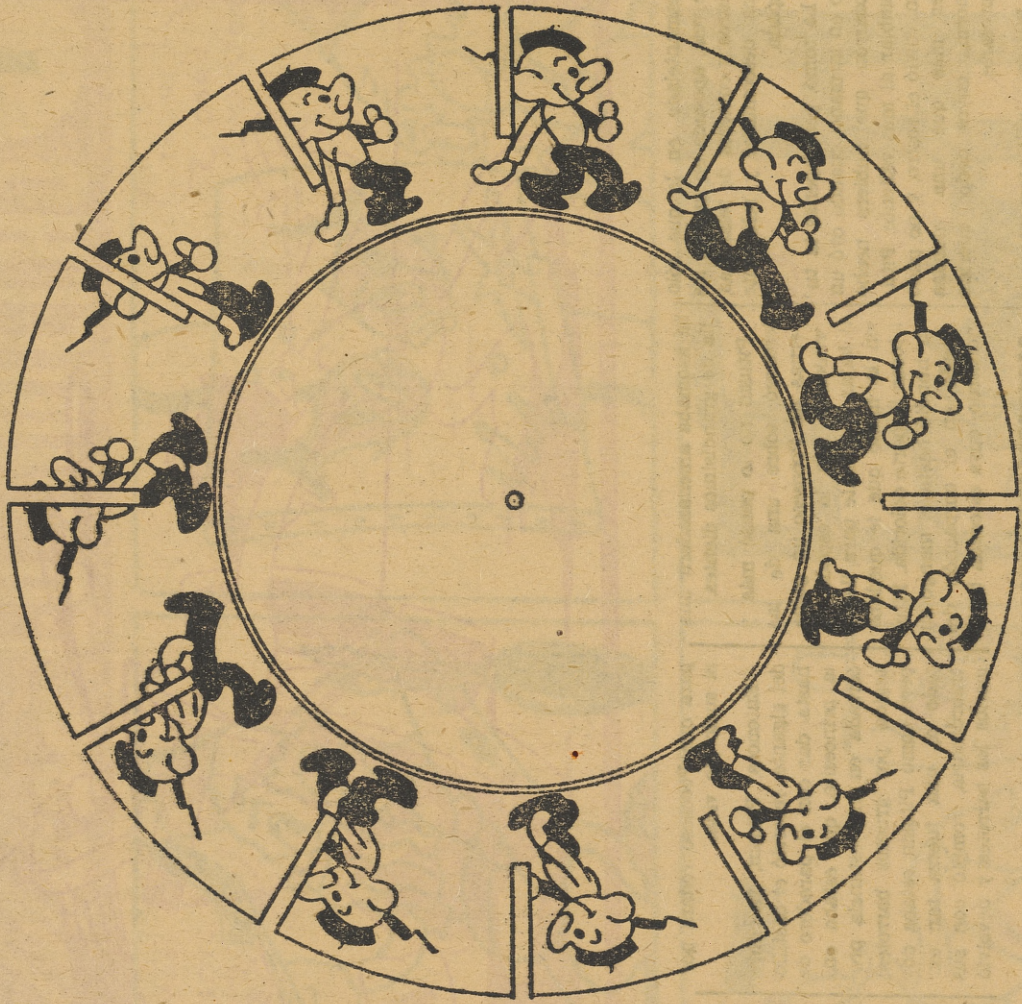
(Continuara)

JUGUETES RECORTABLES DE

Jornada

Cine Infantil

Hoy os ofrece EL PEQUE un juguete de facilísima realización. No tenéis más que pegar el dibujo sobre cartón, y recortar el círculo, cuidando de vaciar también las hendiduras que tiene. Entonces, aplicadle al centro un alfiler, que actuará de eje, situareis frente a un espejo y mirando los muñequitos reflejados en el espejo a través de las hendiduras, al propio tiempo que le dáis vueltas al cartón, veréis cómo la figurita animada y camina como si estuviera en un desfile.



Rompecabezas



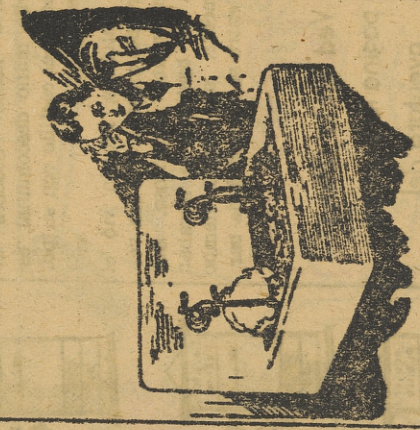
ESTOS DOS PERROS DE CAZA. SIGUEN LA PISTA DE UN OSO ¿DONDE ESTÁ?

Paratiempos



Para realizar este experimento no sea hace falta más que un tubo ordinario de goma y dos vasos. Colóquenos sobre cualquier objeto uno de los vasos lleno de agua hasta que los dos tercios partes introduzcanos en el la extremidad del tubo y apretamos por la otra extremidad hasta que notemos que el agua llega a nuestra nariz. Apretemos a continuación con los dedos esta extremidad y haremos un vaso vacío que el aire penetre por ella, hasta otro vaso colocado en un nivel inferior al anterior, como lo indica la figura. Entonces veremos que el agua del primer vaso se traslada al segundo. Esta experiencia se conoce con el nombre de "principio del sifón".

TUBERIAS SONORAS



Desconcertante y alarmante es el sonido que se oye frecuentemente al cerrar una llave de agua, sobre todo si se cierra rápidamente. Este sonido, debido a la vibración de las moléculas de agua, se llama "golpe de ariete". Es más violento en el caso de que se trate de una llave de agua caliente que de una fría.

con el lápiz y la pluma



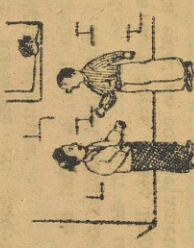
EL COCINERO

El cocinero

Vicente Calabuig
13 años.—Valencia

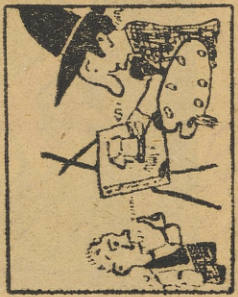


—Maldito pollino. Que mal trabajador me salió. Por un saquito de arroz que lleva en el carro y ya no puede dar un paso.
Vicente Palau,
10 años. Valencia.



—Déjeme la acera. Yo voy por mi derecha.
—Esas son pequeñeces.
—Como quiera, pero yo no cedo la acera al primer animal que pasa.
—Pues yo, se la cedo a todos. Pase usted si quiere.
Lolín Puchol,
14 años. Valencia.

POCO GOLOSO



—¿Con qué pinta usted?
—Con pastel.
—Y ¿por qué no se lo come en lugar de pintar con él?
E. Luis Torruella,
11 años. Valencia.



—Sr. Director, aquí hay un comisionista con muchas barbas.
—Dile que ya tengo.—J. R. Estellés, 14 años. Valencia.

PETICION DE MANO



—Mi hija tiene un millón de dote, y usted sólo gana cien duros al mes. ¿Qué proyectos tiene para el porvenir?
—Por lo pronto, dejar el empleo.
José R. Estellés, 14 años. Valencia.

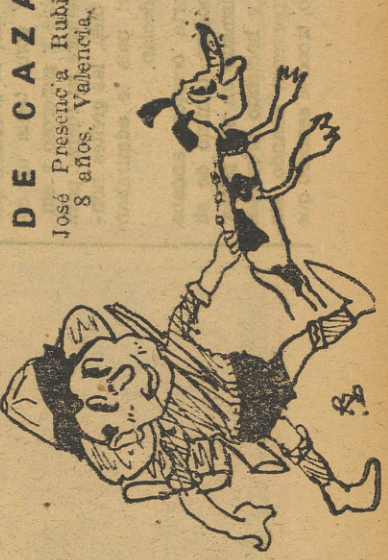
PERICO Y SU VACA



Vicemin Alepuz Giménez, 9 años. Valencia.

DE CAZA

José Presenc'a Rubio,
8 años. Valencia.



CHISTES

—¡Camarerol! Esta ración de cabeza de jabali que me sirve tiene un pelo.
—¿Y se extraña usted de que la cabeza tenga pelos?
Anita Ballester, 14 años
Cabañal (Valencia)

—¿Quién es usted para agudrear el establecimiento a fuerza de balazos?
—Yo, nadie; pero como tenía un cartelito que decía: «Se traspasan», aproveché la ocasión.
José Mira, 11 años
Valencia

—¿Para qué quieres tres pares de gafas, papá?
—Unos para leer, otros para ver de lejos y los tercios para buscar... los otros dos pares.
José Mira, 11 años
Valencia

—Y cuando te diste cuenta que habías perdido una pierna, ¿qué pensaste?
—Que el limpiabotas me cobraría nada más que la mitad.
Luis Ramírez, 11 años
Valencia

—¿Para qué quieres tres pares de gafas, papá?
—Unos para leer, otros para ver de lejos y los tercios para buscar... los otros dos pares.
José Mira, 11 años
Valencia

—Y cuando te diste cuenta que habías perdido una pierna, ¿qué pensaste?
—Que el limpiabotas me cobraría nada más que la mitad.
Luis Ramírez, 11 años
Valencia

EL NIÑO Y LOS PATOS



Fernando Guillot
10 años.—Valencia

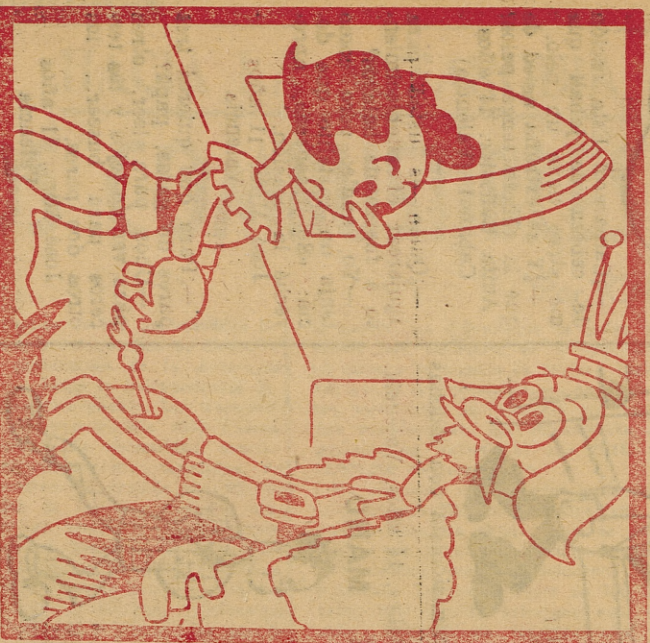
ENTRE UNA NIRA Y UN NIÑO

El niño: —Si me das un abrazo te doy un caramelo. Entonces la niña le da el abrazo, y el niño responde: —Ahora no te doy el caramelo.
Y la niña dice: —Pues dame el abrazo que te he dado.
Manuel Dániez, 10 años
Valencia

El valiente Pitusín

Todos vosotros sabéis, queridos niños, que existe un bellísimo país, especial para los cuentos y para los personajes de leyenda, que se llama Reino de la Fantasía. Lo que no sa-

una fuerza tan extraordinaria y de un valor tan extremado, que había conquistado la supremacía entre todos los mundos del contorno. Apenas contaba doce años



le conducía hacia su casa por otro que le condujo a la capital del Reino.

Ya se disponía a desandar el camino cuando observó que las gentes de la capital tenían el terror retratado en el semblante y cuchicheaban reunidas en pequeños grupos. A uno de ellos se dirigió nuestro héroe y se enteró de que la ciudad entera estaba alertada por las incursiones del gigante Pocoso, que, enamorado de la hija del Rey, la había raptado, y, no contento con ello, asolaba cuanto hallaba al paso en sus numerosas correrías por aquellos contornos.

—¿Y no hay nadie que venza al gigante?—preguntó Pitusín.

—Muchos son los que lo han intentado—le contestaron—pero todos pagan con la vida su atrevimiento.

—Yo lo venceré—exclamó Pitusín, poniendo en sus palabras todo el fuego de quien está destinado para grandes hazañas.

Los componentes del grupo le miraron con admiración.

Acto seguido pidió le condujeran al palacio del Rey, al cual expuso su propósito.

—Muy joven eres tú y muy

peligrosa la empresa—dijo el desventurado monarca.

—No importa, Señor. Os libraré de Pocoso, devolvéndoos a la Princesa, o morire en la aventura.

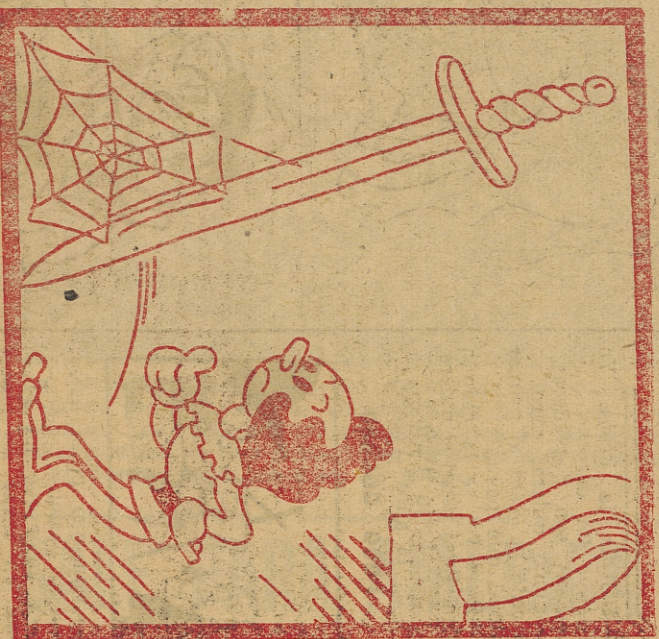
—Si lo logras, te daré a la Princesa y la mitad de mi Reino. Ese es el premio que tengo ofrecido.

—Permita el cielo que pueda servir y estar pagado—dijo Pitusín, que era cortés y valiente y era poseedor de los más nobles sentimientos. No en vano corría por sus venas sangre española.

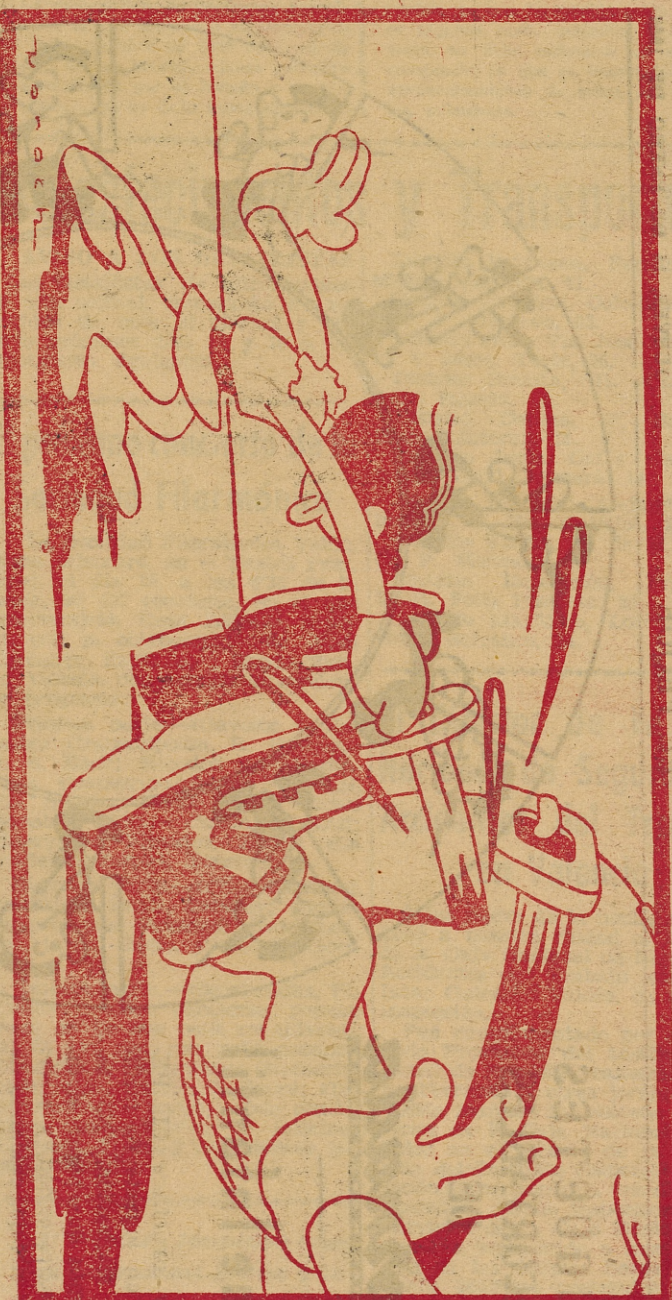
...

Siguiendo las indicaciones del Rey, llegó Pitusín, solo y sin armas, al castillo de Pocoso. Era una gran mole de piedra de granito situada en lo más alto de una altísima montaña, y perdida entre las nubes. Todo en aquel castillo era misterioso. Sólo quien estuviese dotado de un valor como el de Pitusín podía contar a su adelantado en aquella arriesgada aventura.

Pitusín hizo la señal de la cruz y entró en el castillo, perdiéndose en un sinfín de tétricos corredores, hasta llegar a una estancia completamente



Ved en la última página la primera aventura del Mago Cosquillas



desmantelada, en la que sólo se veía, apoyada en uno de los muros y cubierta de telarañas, una desconocida y reluciente espada.

La tomó, pero apenas la tuvo en la mano, cuando oyó un vocerío que hubiere hecho temblar al más valiente. Pitusín volvió el rostro, y no pudo ver más que una manada enorme, cuyos dedos querían apresarle.

Pitusín, valientemente, se lanzó a aquella mano, y de un solo tajo con el espadón, la cortó en redondo. Una fuente de sangre comenzó a manar del cercenado brazo, a la par que el gigante Pocoso, propletario hasta entonces de aquella mano desconocida, estremece el castillo con su potente voz.

Y entonces, Pitusín vio el rostro del gigante, que era verdaderamente espantoso. Sus ojos de basilisco le miraban fijamente, al propio tiempo que entre su enmarañada bar-

ba asomaba amenazadora una fila de grandísimos dientes.

Pitusín no lo pensó más y resacargó sobre una de las venas de Pocoso un golpe terrible de la espada. Y si bajar el gigante para llegar a la mano que le quedaba tocó la parte dolorida, Pitusín hundió hasta el mango su espada en el corpe del monstruo, cuya estocada bastó

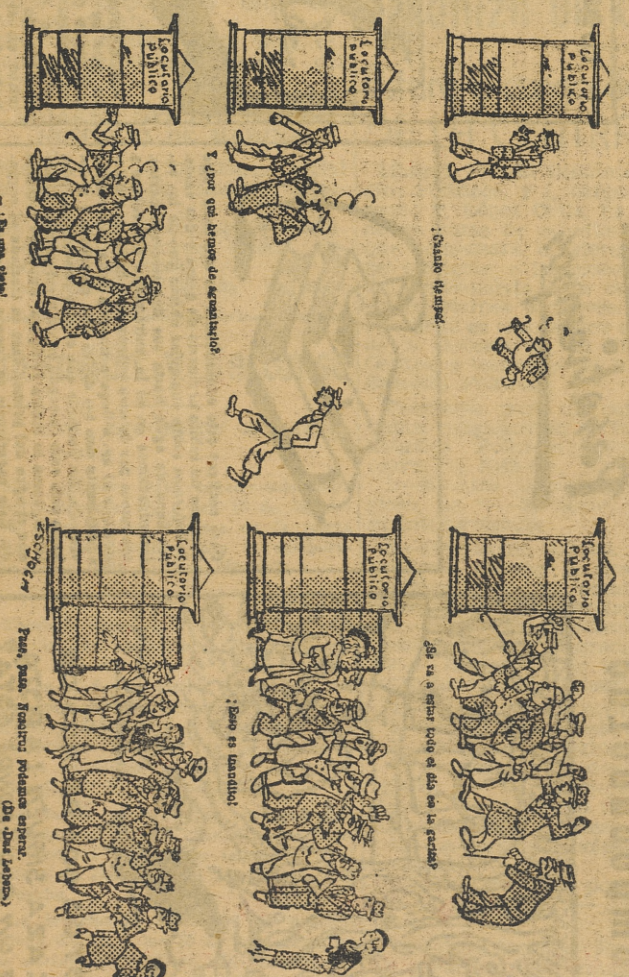
para que Pocoso rodara por el suelo sin vida.

Entonces, Pitusín, ya libre del gigante, recorrió el castillo hasta dar con el paradero de la princesita, que estaba encerrada en una estancia protegida por gruesos barrotes; pero como Pitusín estaba dotado de una fuerza tan extraordinaria, rompió con sus manos los barrotes y devolvió

a la princesita a su palacio.

Algún tiempo después, el Rey cumplió su promesa, y Pitusín contrajo matrimonio con la princesita; sus padres abandonaron la aldea para habitar a pabellón anejo al castillo, y a la muerte del Rey, nuestro héroe fué proclamado, por el pueblo, que lo sentó en su trono y gobernó sabiamente con el nombre de «Pitusín I».

GALANTERIA



— ¡En una plaza!

Para, para, Ricardo Páramo en su casa. (De José Latorre)